



Este artículo es una publicación de la Corporación Viva la Ciudadanía
Opiniones sobre este artículo escribanos a:

semanariovirtual@viva.org.co

www.viva.org.co

Acerca del itinerario de nuestra escuela

Julio César Carrión Castro
Universidad del Tolima

Modelos pedagógicos ensayados en Colombia

El tema del sentido y de la calidad de la educación es recurrente en toda la historia de la escuela, desde sus orígenes, es un asunto permanente, siempre presente, tiene su propio derrotero, su propio itinerario (palabra clave–subyugante– convocante).

El itinerario es una ruta que se sigue, es un rumbo, es un derrotero; es la dirección y descripción de un camino, con todos sus datos, lugares, paradas, tropiezos y accidentes. Son los datos referidos a un viaje; es una marcha. Es un estar marchando. La educación, y su expresión pragmática, la escuela, tiene desde siempre un sendero, una ruta, un itinerario.

A la escuela se le concibe como un lugar aparte, como un apartamento o espacio segmentado de la realidad social. Espacio para el cumplimiento de una función: la del enseñar y el aprender. La transmisión del saber ocupa un lugar: la escuela.

Escuela: lugar donde transita el saber (no el lugar de la producción del saber, ni de la aplicación del saber, sino de la reproducción del saber del tráfico del saber, de su tránsito). Así que hablar de escuela es hablar de caminos, de tránsitos y lugares apartados: del itinerario de la educación y de la variable noción histórica de la “calidad” de la educación.

Hay un camino, hay un transitar de todos los procesos educativos que se han diseñado y practicado; una orientación –o desorientación– de la educación y la pedagogía en Colombia, una responsabilidad –o irresponsabilidad– por parte de las élites gobernantes respecto a los rumbos de la educación y de la escuela, respecto a los criterios de “calidad” que han manejado.

Describir el itinerario cumplido por el servicio educativo en Colombia, desde la colonia a nuestros días, es recorrer los procesos de adaptación, acomodamiento reacomodamiento, sustitución y simulación que las fuerzas que ejercen la hegemonía cultural, política y social, han tenido respecto a la pedagogía en nuestro medio. Con ello, entonces afirmamos perentoriamente, que toda reflexión en torno a la educación y a la pedagogía es, a la vez, una reflexión política.

La educación históricamente ha estado subrogada al poder, las diversas teorías socio-educativas pertenecen –claro está– a las formas de pensamiento de una época, a paradigmas epocales. En nuestro medio político, intelectual y educativo, no ha existido un pensamiento pedagógico autónomo –quiero decir, un criterio de “calidad educativa” que nos sea propio– por supuesto, jamás se ha dado en el quehacer práctico, una pedagogía “nacional”, es más, tampoco “racional”, -es decir, autonómica o emancipatoria, como lo publicitó y propuso la Ilustración- seguimos, vinculados estrechamente a concepciones educativas desuetas, anacrónicas o simplemente imitativas, simuladoras.

Nuestras primeras prácticas y discursos pedagógicos estaban marcados por la impronta religiosa –eran confesionales, tradicionalistas–. El primer ideal educativo (la primera noción de “calidad educativa”) que nos legó la conquista y la colonia, ese período de irrupción forzada de Europa en nuestros territorios, era la de formar buenos cristianos –obediencia y subalternidad fueron las consignas educativas por excelencia–. Formar súbditos leales a la Corona –no ciudadanos.

Heredamos en primer lugar el discurso confesional, teocéntrico –el escolástico de Tomás de Aquino– y el del autodesprecio, promovido por Ignacio de Loyola y la “Compañía de Jesús, como confrontación, reto y negación al orgulloso discurso radical e ilustrado que impulsara la naciente burguesía.

La marginalidad relativa de España con respecto a la modernidad y al ideal del progreso –la Contrarreforma–, la renuncia (incluso por parte de los sectores populares) a aceptar la Reforma y la Ilustración, marcarían ese derrotero, ese itinerario de la educación y de la escuela en estos primeros momentos de la historia llamada “nacional”.

Algunos intentos históricos, por apartarse de la influencia religiosa-feudal, que nos legara una España aún anclada en el Medioevo, fueron: Las Reformas borbónicas (Caballero y Góngora–Moreno y Escandón), algo del proceso del movimiento independentista (las tertulias, el naciente periodismo: Caldas, Simón Rodríguez, Bolívar y Santander). Posteriormente, el movimiento de los artesanos, los Radicales y masones de mediado del siglo XIX.

El forcejeo entre la Iglesia y el Estado por el manejo de la Escuela llevaría hasta la realización de absurdas confrontaciones bélicas como la denominada Guerra de las Escuelas de 1876.

Un nuevo ideal educativo y un nuevo concepto de calidad sería el de alcanzar la cohesión social-económica-política-educativa. Se asumía, entonces, que la instrucción pública “nos haría libres”.

Francisco de Paula Santander, buscando la sustitución de la escolástica por el utilitarismo, pierde apoyo popular; mientras que Simón Bolívar, al plantear la educación como un poder moral -semejante al Areópago ateniense- se apoyaría en las costumbres, en las tradiciones populares y en la autoridad de la iglesia, defendiendo el confesionalismo católico y ello le permitiría ganar un amplio apoyo popular.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, Los Radicales defendieron la laicidad de la escuela, lo que llevaría precisamente a la Guerra de las escuelas 1876, como lo hemos mencionado. Sería la confrontación entre las ideas de modernidad y los anacronismos coloniales, en una época que aún se sostenía bajo los rezagos del régimen colonial-hacendatario, con la presencia activa y permanente del clero, y bajo el poder de las oligarquías regionales y los generales enriquecidos de la independencia.

En 1870, se promulga el Decreto Orgánico de Instrucción Pública, primera ley general de educación en Colombia que se sustentaba en las reformas del liberalismo radical de laicidad y autonomía. Bajo esta ley se establecía que al Estado le correspondía la dirección de los procesos educativos, a la comunidad la inspección y vigilancia y a los maestros la enseñanza.

La Internacional Católica –como llamara en su momento Antonio Gramsci al enorme poder del Vaticano– enfilaría baterías a nivel mundial contra el liberalismo y contra las nascentes ideas socialista, como se puede rastrear en la promulgación de Encíclica “Quanta Cura” –y su complemento el Sillabus– del Papa Pio IX.

Ello nos muestra de qué manera el péndulo político internacional se colocaba a favor de la regresión, principalmente luego de la derrota de la Comuna de París (ese intento de asalto al cielo, que llamara Marx). En Colombia se vería a continuación la derrota y la frustración de los intentos de las reformas radicales. Se viviría el despojo de esos atisbos de autonomía del maestros, que terminaría, de nuevo, convertido en un simple “sombra que repite y describe” (Alberto Echeverry). Sin olvidar que más de 1.000 maestros Pestalozzianos fueron asesinados durante la llamada guerra de las escuelas en 1876. Sería el triunfo de la contrarrevolución expresado en el encumbramiento del movimiento político de la Regeneración que por muchos años acaudillarían Miguel Antonio Caro y Rafael Núñez.

La Constitución Política de 1886 y el Concordato de 1887, fijaron los aspectos centrales de la victoria de la contrarrevolución y de la derrota de los radicales. Posteriormente, con el triunfo de la guerra de los mil días se estableció legalmente la regresión tradicionalista y la sumisión en materia educativa al clero y a la religión católica, mediante la Ley Orgánica de educación de 1903 (Segunda Ley General de Educación en Colombia) En términos generales significó la entrega de la educación y muchas otras actividades de la vida cotidiana a la confesión católica. Colombia sería convertida en tierra de misiones, como que entre 1870 y 1930, ingresaron al país 15 comunidades religiosas masculinas y 29 femeninas.

Así se entronizó en nuestro país una modernización tradicionalista, –como calificó Jorge Orlando Melo esa hibridación entre el ideal del “progreso” y la tradición colonial–. El esfuerzo modernizante y secularizador emprendido por los radiales, fracasó bajo el peso de la contrarrevolución que terminó cediendo la soberanía al Vaticano en materias como el matrimonio, la familia, las exequias, la beneficencia, los hospitales, la educación, los cementerios...en fin, Colombia fue convertida en tierra de misiones. Como lo señaló el profesor Antonio García,

el patriciado latifundista estableció un patronato invertido en el cual era la iglesia la que ejercía poder sobre el Estado.

La razón instrumental y la razón moral, lograrían acoplarse bajo el régimen de la regeneración y esa herencia cultural y educativa se prolongaría durante todo el siglo XX y aun la soportamos. Se logró, desde entonces, que los intereses empresariales fueran abiertamente defendidos por los dogmas y la moral católica.

El siglo XX irrumpe en Colombia bajo una doble presión: la del proceso de desarrollo del modo de producción capitalista, en tránsito hacia la economía global, que se expresaría con todas las fuerzas del imperialismo y el neocolonialismo y la de la guerra civil, con sus improntas de barbarie, odio, irracionalidad y violencia, que aún soportamos como secuelas de la llamada guerra de los mil días. Los vencedores de esta confrontación establecieron sus normas desde 1903. Una de ellas sería la Ley Orgánica de educación.

Los nacientes procesos del capitalismo aportarían a la búsqueda del control sobre los sujetos, el dominio primero del cuerpo y luego de la población. La capacitación técnica y ocupacional, la calificación sistemática de la mano de obra, en resumen, todo ese proceso que conocemos como las técnicas del fordismo y la taylorización, que se fusionarían con una, supuestamente renovada, pedagogía católica pero que en verdad contenía las mismas tesis tradicionalistas y dogmáticas –recargadas, ahora, con las nociones de virtud más pragmatismo– se enlazarían con las tecnologías del poder y el disciplinamiento coercitivo. Juan Bautista La Salle y sus normas para las escuelas cristianas sería reactualizado, –remasterizado, recargado–, para acomodarlo a las exigencias de las élites empresariales.

El ciclo de apertura capitalista se expresa en Colombia, además, por la irrupción, nuevas fuerzas políticas, sociales y culturales, como: aparición de la clase obrera, y sucedáneamente de las ideas socialistas, irrupción de los intereses autonomistas de los estudiantes expresados abiertamente en Latinoamérica, con el movimiento de Córdoba (Argentina), en 1918. En Colombia, en 1917, se efectuó el Primer Congreso Pedagógico Nacional; y, en 1928, en Ibagué se realizaría el Tercer Congreso Nacional Estudiantil.

Entran en relación y conflicto, entonces, las nuevas “ideas liberales” de una educación técnica para el trabajo y los intereses del capital, con las heredadas del proyecto de la Ilustración y sus tesis de una educación emancipatoria y para la formación de seres humanos integrales; las propuestas de ampliar cobertura, matrícula escolar, expansión, obligatoriedad y gratuidad, en fin, la masificación de la educación –fundamento ideológico de la Ilustración–, con la naciente necesidad de una mayor reproducción y calificación de mano de obra, de formación de nuevas “habilidades y destrezas” como requerimiento de la producción.

Paralelamente se da una creciente privatización y elitización de la “educación de calidad” (el especialismo, la formación “rápida y barata”, como requerimiento de la economía, como lo denunciara Federico Nietzsche; total subordinación del

sistema educativo a los desarrollos tecnológicos). La llamada Calidad educativa no es más que un asunto de la productividad empresarial, la educación es para el trabajo. Paulatinamente se ve la sustitución del individuo por la máquina y la subsunción real del trabajo, al capital.

Marx señaló que, evidentemente el trabajo produce maravillas para los ricos, pero produce desamparo para el trabajador. Produce palacios, pero también tugurios para los que trabajan. Produce belleza, pero también invalidez y deformación para el trabajador. Sustituye al obrero por máquinas, pero obliga a algunos obreros a retornar a los trabajos de la barbarie y convierte a otro en máquinas. Produce espíritu, pero produce también estupidez y cretinismo para el trabajador.

Ese asunto de la sustitución del individuo por la máquina; y, en general, la imposición del taylorismo, lo podemos ver claramente expresado en la película Tiempos modernos de Charles Chaplin-

Propuestas pedagógicas durante el siglo XX en Colombia

1. La Pedagogía católica que regresó; o mejor, que nunca se fue, desde la colonia, desde el régimen colonial hacendatario, que persistió con sus tendencias renovadas en el período de la Regeneración y la hegemonía conservadora (1886-1930) con sus amalgamamientos entre lo confesional y lo laboral, y luego en los años 40 con Laureano Gómez y Mariano Ospina Pérez, bajo la influencia del Nazi-fascismo y, particularmente, del franquismo que aún hoy tiene una fuerte presencia en nuestro país.

2. La Pedagogía activa hace presencia marginal con las tesis liberales de la Ilustración y de la autonomía, es heredera de los postulados educacionales de Rousseau, Pestalozzi y Montessori, aparece con el Gimnasio Moderno –1914– y Agustín Nieto Caballero, luego tendría continuidad con la Escuela Normal Superior entre 1936 y 1951 que fue abruptamente cerrada por el gobierno conservador. Esta pedagogía tiene como basamento la observación y la experimentación, da amplia importancia a la formación en ciencia, es antiatoritaria, para ella tiene mayor validez la participación directa, el autoaprendizaje y a las actividades estudiantiles, que a la enseñanza magistral.

3. La Tecnología educativa aparece hacia los años 60 y 70 del pasado siglo, se basa en la ideología del “progresismo” y el desarrollismo como imposición norteamericana, principalmente a través de la estrategia denominada “Alianza para el progreso”; es una continuación del fordismo y del taylorismo sus expresiones prácticas están contenidas en la T.V. educativa con programas conductistas como Plaza Sésamo, además, con la instauración de institutos como el Sena, los INEM y otros. Su proyecto educacional se resuelve en la endogenización de tecnologías y conocimientos de los “países desarrollados”, asumido como mecanismo de acercamiento hacia el esquivo “desarrollo”.

Con la irrupción de la tecnología educativa y la concepción de una educación “a prueba de maestros”, se llega al fin de la utopía ilustrada respecto a la educación y a la subordinación total al interés abstracto del capital, por sobre las

instituciones y los intereses nacionales; se llega al imperio del conductismo y de la noción de lo curricular, por sobre las autonomías y la libertad de cátedra. Es el triunfo de la instrumentalización de maestros y estudiantes. Se abandonó la utopía de la ilustración de una educación humanista, se instauró una educación de adiestramiento para la producción. Los objetivos de la educación dependerán absolutamente de una economía ligada a modelos desarrollistas.

Eficiencia, eficacia, rendimiento, rentabilidad, se convertirán en consignas ligadas tanto a los procesos de la producción, como a los de una educación convertida en artículo de consumo y no en derecho fundamental de las personas. Cumpliéndose la advertencia nietzscheana de la doble estrategia de la economía: Masificación de una educación rápida y superficial con un simultáneo debilitamiento de la cultura, se entra en el especialismo, en la formación de los “lisiados al revés”, –aquellos que tienen mucho de algo pero carecen del resto–. Los periodistas sustituyen a los sabios. Expansión de la oferta educativa y profesionalización.

La educación convertida en un Lecho de Procusto, en un Frankenstein elaborado de pedazos, de retazos de muchas propuestas dispersas: Eclecticismo, especialismo, simulación y enmascaramiento: todo ello en confluencia con la intimidación del pensamiento, bajo los intereses empresariales y las pretendidas “leyes del mercado”.

La competitividad internacional, los desarrollos en materia de ciencia y técnica en los países postindustrializados, la “apertura de los mercados”, la falacia de una supuesta “sociedad del conocimiento”, en fin, la adaptación global a los intereses del capital, llevarían al total desmantelamiento de la educación pública y a la empresarización de la educación que hoy nos agobia.

Pero bajo esta impronta economicista, empresarial y tecnocrática, ha logrado sobrevivir en los resquicios de la sociedad, también el ladinismo, el imparable mestizaje cultural y la astucia del hombre Icotea (Fals Borda). Una cultura popular multiétnica y unos imaginarios colectivos que no sucumben ante el poder de esa publicitada “sociedad del conocimiento”, monótona, uniformadora y gregaria.

Edición N° 00433 – Semana del 6 al 12 de Febrero – 2015